

**EL DR. A. FIGAROLA, MÉDICO OCULISTA,** de regreso á  
de su gabinete. **Canuda, 37, principal.** Consulta de 10 á 12. Grátis de 8 á 9.

## EL PROBLEMA CUBANO.

Don Pablo de Alzola, ingeniero bilbaino, es un hombre que con la acción y la palabra ha servido á su país y á España entera en muchísimas ocasiones. Tiene en grado excelente la actividad y el buen sentido propios de los hijos del Norte, y la fe y la abnegación de los hombres de buena voluntad. Lo que dice lo tiene bien discurre, y lo que discurre está dispuesto á ejecutarlo: es, en resúmen, un hombre de talento práctico, y, por añadidura, de posición independiente. Los catalanes hemos tenido ocasión de conocerlo y apreciarlo mas de una vez en las campañas que al lado de nuestras entidades económicas ha sostenido en favor de la producción nacional y de los intereses regionales: por esto creemos que si su opinión sobre el problema cubano, publicada en la *Revista Contemporánea*, merece la atención de todos los españoles, por el buen intento que revela y la independencia con que va espuesta, merece ser conocida aquí especialmente en razón á las mayores afinidades de nuestro sentir con el del ilustre vizcaino.

Encabeza el señor de Alzola su escrito con este párrafo impregnado de lealtad y patriotismo: «Ante el abismo abierto por la guerra separatista al pervenir de España—dice—nótanse síntomas de marcada divergencia entre las personas desapasionadas y la mayoría de los hombres políticos, cuyo lenguaje, inspirado en meros convencionalismos, ha sido muy distinto en las intimidades de la confianza del usado en el desempeño de sus funciones; y considerando que la mayor de las cobardías consiste en cerrar los ojos y tapar los oídos ante el peligro, no hemos titubeado en consignar con sinceridad la opinión que se nos ha pedido acerca de tan ardua materia, por hallarse arraigada en nuestro ánimo mucho tiempo ha, según lo hemos consignado con repetición de palabra y por escrito.»

Entra en seguida en materia, reconociendo como hecho indiscutible que en los cubanos en general el sentimiento patrio español es muy tibio y atenuado, cosa—añade—muy natural aunque no sea mas que por la lejanía de la metrópoli, y porque, al fin y al cabo, no hay que hacerse ilusiones, una colonia no es una provincia: el desconocimiento de este hecho por nuestros políticos ha sido el error fundamental de la cuestión cubana.

Hablando ya de la guerra, observa que al acercarse el levantamiento actual el presupuesto cubano se saldaba con un déficit crónico de cuatro á cinco millones de pesos, levantados con la garantía subsidiaria del Tesoro español, y que por consiguiente la guerra había de sostenerse á espensas exclusivamente de la Península y sin esperanza de reintegro por el Tesoro cubano. Empezóse por mandar allí á nuestro general de mayores prestigios, que cayó en desgracia á los pocos meses, mereciendo no obstante el reconocimiento de los españoles por la sinceridad con que espuso ante el Senado el cuadro verídico y sombrío de los sacrificios inmensos que la conservación de la isla requería.

Enarbolóse la bandera de la guerra por la guerra, y observóse entonces que el jingoísmo español imperaba no solo en la prensa rotativa sino también en las regiones oficiales con la declaración de que España debía consumir en aquella lucha hasta *su último hombre y su última peseta*.... Llevamos dos años y medio de guerra y solo hemos logrado convertirla en crónica é ilimitada; y como la *guerra á la moderna*, según la pedían nuestros jingoístas, requería un triunfo rápido y decisivo y el pronto regreso de las fuerzas allí enviadas, y nada de esto se ha logrado, el fracaso resulta palpable y evidente.

Cuando empezó el desencanto de la *guerra á la moderna*, pensóse en la acción política, y decretáronse reformas y mas reformas; pero éstas se inspiraron en la generosa ilusión de que los cubanos solo deseaban una cierta descentralización administrativa; y el fracaso fué lógico, porque los rebeldes, y hasta los que no pasan por rebeldes, lo que quieren en sustancia es la independencia de la isla.

Presintiendo esto, pero quizás sin querer acabar de comprenderlo, entraron los

60

28 de Septiembre 1907

Cobarrubias

partidos políticos españoles en una especie de pugilato de concesiones á los insurrectos, hasta que el partido liberal ha aceptado, segun las referencias, la completa autonomia de Cuba.

Tal vez España pudiera aceptarla á trueque de la anhelada paz (por aquello de á grandes males grandes remedios), si esta autonomia habia de ser por el estilo de la tan decantada del Canadá, es decir, que Cuba fuera autónoma pagándose ella los gastos; pero examinando el programa de los autonomistas se ve en seguida que con éi se pretende la *continuacion de la sangría suelta de España*, esto es, que al lado de las mayores libertades políticas se establece que España pagará la mayor parte de la deuda de Cuba, así como los gastos de Guerra, Marina, etcétera, á los que contribuirá la isla con una cantidad *siempre exigua*; y no se necesita interpretar mucho para convencerse de la realidad de esta pretension, pues desde el momento en que el plan económico de los autonomistas consiste en suprimir las contribuciones en la isla, claro está que de donde no hay ingresos no se pueden sacar gastos. Y á mayor abundamiento, así como generalmente las naciones americanas forman la mayor parte de su presupuesto de ingresos en la renta de Aduanas, los autonomistas cubanos reclaman una simple tarifa fiscal de 3 por 100 para los artículos de primera necesidad y la maquinaria, y una escala variable para los demás hasta un *máximum* de 10 por 100; con el bien entendido de que «no se impondrá á la produccion de la Península ningun tipo superior al que disfruten otros Estados, *pero tampoco habrá derechos diferenciales.*» Lo cual quiere decir, hablando en plata, que el mercado de Cuba quedará cerrado á los productores españoles, aunque no sea mas que por la proximidad de los Estados Unidos á Cuba y la baratura de fletes de la marina inglesa. En cambio las Antillas seguirán disfrutando de un monopolio casi absoluto para surtirnros de tabaco, café y otros artículos coloniales, y seguirán tambien enviándonos diputados y senadores que en nuestras Cámaras manejarán los intereses insulares por sí solos y los peninsulares en cooperacion con los demás.

Para España es éste un porvenir sobre el cual no cabe discusion. Se ha dicho que el sistema seguido hasta ahora por España en Cuba era el de explotacion de la colonia por la metrópoli; pero lo que resulta indudable es que el propuesto ahora por los autonomistas seria el de explotacion de la metrópoli por la colonia, cosa que no se ha visto nunca en parte alguna del mundo.

De manera—añade el señor de Alzola en resumen—que tanto la inevitable prolongacion de una guerra crónica, como la obtencion de la paz á costa de semejante autonomia (y ya no pasarán ahora por menos los cubanos), son igualmente desastrosas para España. En vista de ello se inclina á la *liquidacion* que insinuó el señor Silvela en recientes discursos: á la evacuacion de la isla en la forma y términos en que á España convenga hacerlo.

Esto inspira un horror convencional á los patriotas, sobre todo á los de los partidos anti-dinásticos por la cuenta que les puede tener el esplotarlo; pero lo positivo es que ni una nacion debe desangrarse para conservar una colonia inconserable, ni su abandono es una deshonra, pues en la historia contemporánea se encuentran abandonos semejantes sin que hayan redundado en desdoro de quien los realizó (Napoleon I abandonó Haiti, Napoleon III y Francisco José evacuaron Méjico, Inglaterra las islas Jónicas, Italia la Abisinia, y España misma Santo Domingo); ni los intereses particulares de nuestros productores sufrirían mas por tal abandono de lo que sufrirían con el plan de los autonomistas, pues en uno y otro caso han de perder el mercado cubano y buscar compensaciones en el de Filipinas y en los de las repúblicas de la América del Sud; ni los trastornos interiores con que se nos amenaza han de ser mas temibles (al contrario) cuando el ejército que tenemos en Ultramar esté en la Península.

El señor de Alzola termina su artículo con el siguiente párrafo: «Ha debido España á la Restauracion veinte años de paz y de progreso que hubiera adquirido mucho mayor vuelo sin las corruptelas de nuestros partidos políticos; pero entre todas sus faltas y errores no ha habido ninguno de la magnitud extraordinaria ni comparable á las lamentables equivocaciones cometidas en la guerra de Cuba. El descarrilamiento nacional es tan grande que nos recuerda los tiempos desdichados del siglo XVII en que, *perdida la nocion del buen sentido*, se consumó la decadencia con una política guerrera de temeridades y porfías sin freno, que-

dando atacado el Reino de *alferecia insensata*. ¡Dios quiera que nos sirvan de algo las esperiencias del pasado para salvarnos del naufragio en el apurado trance en que se halla la nacion española!»

Tal es la sustancia principal del artículo de D. Pablo de Alzola que nos hemos creído en el deber de extraer para que lo mediten las personas que no hayan perdido todavía—como dice el articulista—*la nocion del buen sentido*, ni, lo que es mas eficaz, el valor de ostentarlo y hacerlo valer dónde y cuándo convenga.